

de personas que valen más que él. Sin embargo, si se adelanta con cara de viernes y aire de cuaresma, con un «¡alabado sea Dios!» y una cantilena quejumbrosa sobre los vicios del siglo, ¡oh! entonces es un santo, un Ambrosio, un Agustín, no por la ciencia de los libros, que es pura miseria terrenal (porque ¡ay! ellos están por encima de tal cosa, ó, cuando menos, tal cosa está por encima de ellos), sino por el celo y los ayunos, por la devota elevación de los ojos y la santa ira contra los pecados de los otros hombres. ¡Y felices aquellas damas religiosas que pueden tener por confesores hombres tan llenos de abnegación, tan afortunados y capaces! ¡Y tres veces felices las familias en cuyo seno se dignan tomar la colación del viernes, para demostrar al mundo qué cristiana abstinencia, qué celo por las mortificaciones existe en la supresión de una comida que les deja el estómago mejor dispuesto para la cena!» Un hombre que habla con esa lisura debía alabar la franqueza; la ha alabado con la ironía punzante, con la brutalidad de un Wycherley. El púlpito tenía el desenfado y la rudeza del teatro, y en esta pintura de las personas enérgicas que el mundo tilda de malos genios, reaparecía la acre familiaridad del *Plain-Dealer*. «Hay, sin duda, personas aquejadas de tal rigidez de lengua que no saben aplaudir y seguir la corriente á ese presumido ó jactancioso que se esponja, se alaba á sí mismo y ensarta una porción de insulseces en elogio suyo durante tres ó cuatro horas, al par que vilipendia y arrastra por el lodo al resto del género humano—Hay también ciertos entes singulares y de mala ralea que, ni por temores ni esperanzas, ni por ceños adustos ni por sonrisas, se dejan endosar alguna sobrina indigente, alguna parienta abandonada de un lord ó de un grande es-

piritual ó temporal.—En fin, hay personas de tan mala condición que juzgan muy legítimo y muy lícito ser sensibles cuando se las injuria ú oprime, cuando se maltrata su reputación ó se lastima sus justos intereses; y que, por remate, se atreven á declarar lo que piensan y sienten, y no son acémilas para soportar mansamente lo que se las quiera echar encima, ni perrillos falderos para lamer el pie que las pega.» En ese estilo crudo, todos los tiros aciertan: parece que se asiste á un pugilato en que los golpes se acogen con falsas risas. Pero mírese el efecto de esas trivialidades de rústicos. Se sale con el alma llena de sentimientos enérgicos; se han visto las cosas mismas, tales y como son, sin disfraz; se ve uno magullado, pero asido por una mano robusta. Ese púlpito obra; y, en efecto, si se le compara con el púlpito francés, tal es su carácter. Esos sermones no tienen el arte y el artificio, la corrección y la medida de los sermones franceses; no son, como ellos, monumentos de estilo, de composición, de amenidad, de saber disimulado, de imaginación templada, de gusto continuo, de proporción exquisita, iguales á las arengas del *forum* romano ó de la *agora* ateniense. No son clásicos. Es que son prácticos. Hacia falta ese gran azadón de trabajo, ruda-mente manejado y lleno de herrumbre pedantesca, para cavar en esa ruda civilización. La elegante jardinería francesa no hubiese servido de nada. Si Barrow es redundante, Tillotson pesado, South trivial, y el resto ilegible, todos son convincentes; sus discursos no son modelos de elocuencia, sino instrumentos de edificación. Su gloria no está en sus libros, sino en sus obras. Han hecho costumbres, y no escritos.

No es todo formar las costumbres; hay que defender las creencias. Juntamente con el vicio, hay que

combatir la duda, y la teología acompaña al sermón. Pululan por este tiempo en Inglaterra, anglicanos, presbiterianos, independientes, cuáqueros, baptistas, antitrinitarios: se refutan unos á otros «con la misma cordialidad con que un jansenista condena á un jesuita», y no se cansan de fabricar armas de combate, ¿Qué merece elegirse ó conservarse de todo ese arsenal? En Francia, al menos, es bella la teología; allí han brotado las flores más delicadas del talento y del genio entre las espinas de la escolástica; si el asunto repele, el adorno atrae. Pascal y Bossuet, Fenelón y La Bruyère, Voltaire, Diderot y Montesquieu, amigos y enemigos, han prodigado en ese campo todas sus perlas y todo su oro. Sobre la trama gastada de las áridas doctrinas bordó el siglo XVII una majestuosa estola de púrpura y de seda; y el siglo XVIII, que la estruja y la desgarró, la deshace en millares de hilos de oro que resplandecen como un vestido de baile. Aquí todo es pesado, seco y triste; los mismos grandes hombres, Addison y Locke, cuando intentan defender el cristianismo, se tornan triviales y enojosos. Desde Chillingworth hasta Paley, todos multiplican apologías, refutaciones, exposiciones y discusiones que hacen bostezar; razonan bien, y á eso se reduce todo. El teólogo entra en campaña contra los papistas en el siglo XVII, contra los deístas en el siglo XVIII, como un táctico fiel á las reglas; toma posiciones sobre un principio, construye alrededor un muro de argumentos, cubre con textos el conjunto. y camina tranquilamente por las largas trincheras que ha abierto; se acerca uno y ve salir una especie de gastador pálido, con la frente contraída, las manos rígidas y la ropa sucia; él se cree al abrigo de todo ataque; sus ojos, fijos en el suelo, no han visto al lado de

su bastión el ancho y cómodo camino por donde el enemigo va á envolverle y sorprenderle. Una especie de cortedad de alcances, incurable, los tiene con su azada en la mano, dentro de trincheras á donde nadie ha de ir. No entienden ni sus textos ni sus fórmulas. Son ineptos en cuestión de crítica y de filosofía. Tratan las figuras poéticas de las Escrituras, las audacias de estilo, las ocurrencias de la improvisación, las emociones hebraicas y místicas, las sutilezas y las abstracciones de la metafísica alejandrina, con una precisión de juristas y de psicólogos. Se empeñan en hacer del Evangelio un código exacto de prescripciones y de definiciones á manera de obra de legislador. Tómense los más célebres. Sherlock, aplicando la nueva psicología, inventa una explicación de la Trinidad, y supone tres almas divinas, cada una de las cuales tiene conciencia de lo que pasa en las otras. Stillinnet refuta á Locke, que pensaba que el alma, en la hora de la resurrección, aunque dotada de un cuerpo, no tendrá quizá precisamente el cuerpo en que haya vivido. Lléguese hasta el más ilustre, hasta el sabio Clarke, matemático, filósofo, erudito, teólogo; se dedica á rehacer el arrianismo. El mismo gran Newton comenta el Apocalipsis y prueba que el Papa es el Antecristo. Así tengan genio, en cuanto tocan á la religión, vuelven á ser espíritus rancios y limitados; no adelantan ya, porfían y van á dar de cabeza tercamente en el mismo sitio. Generación tras generación, se sepultan en el escondrijo hereditario con una paciencia y una conciencia inglesas, mientras una legua más lejos se mueve el enemigo; á pesar de todo, ellos consultan en su agujero; le hacen primero cuadrado, después redondo; ahora le revisten de piedras, luego de ladrillos, y se asombran de ver que, no obs-

tante todos esos expedientes, continúa el avance del enemigo. Yo he leído muchos tratados de esos, y no he sacado una sola idea. Aflige ver tanto trabajo perdido; maravilla que, durante generaciones y más generaciones, hombres tan virtuosos, tan fervientes, tan reflexivos, tan leales, tan pertrechados de lecturas, tan adiestrados por la discusión, no hayan conseguido más que llenar sótanos de bibliotecas. Se piensa tristemente en esa segunda escolástica, y se acaba por descubrir que, si ha sido ineficaz en el reino de la ciencia, es porque no se dedicaba realmente sino á fecundar el reino de la acción.

Todos esos especuladores no son tales más que en apariencia. Son apologistas, y no investigadores. No se preocupan de la verdad, sino de la moral. Se alarmarían de tratar á Dios como una hipótesis y á la Biblia como un documento. Verían una disposición viciosa en la gran indiferencia del crítico y del filósofo. Tendrían remordimientos de conciencia, si se lanzasen al libre examen sin restricciones. En efecto, el examen verdaderamente libre tiene algo de pecaminoso, puesto que supone la duda, arguye falta de respeto, pesa el bien y el mal en la misma balanza, y acepta igualmente todas las doctrinas sean escandalosas ó edificantes, en cuanto resulten demostradas. Ellos dejan á un lado esas especulaciones disolventes; las miran como entretenimiento de ociosos; no buscan en el razonamiento más que motivos y medios de conducirse bien. No le aceptan por sí mismo; le reprimen en cuanto quiere ser independiente; exigen que la razón sea cristiana y protestante, y la desmentirán bajo otra forma; la reducen al humilde papel de sirviente, y la dan por amo y señor su sentido íntimo bíblico y utilitario. En vano se levantan á principios del siglo los

librepensadores; cuarenta años después (1) se hallan sepultados en el olvido. El deísmo y el ateísmo no son aquí sino una erupción pasajera que el contagio del gran mundo y la exuberancia de las fuerzas nativas desarrollan en la superficie del cuerpo social. Los profesores de irreligión, Toland, Tindal, Mandeville, Bolingbroke, se encuentran con adversarios más poderosos que ellos. Los jefes de la filosofía experimental (2), los más doctos y acreditados entre los eruditos del siglo (3), los escritores de más talento, más queridos y más hábiles (4), toda la autoridad de la ciencia y del genio los combate. Las refutaciones se suceden sin fin. Todos los años, según la fundación de Roberto Boyle, hombres célebres por su talento ó su saber van á predicar en Londres ocho sermones «para afirmar la religión cristiana contra los ateos, los teístas, los paganos, los mahometanos y los judíos». Y esas apologías son sólidas, capaces de convencer á un espíritu liberal, infalibles, para convencer á un espíritu moral. Los elesiásticos que las escriben, Clarke, Bentley, Law, Watts, Warburton, Butler, están al nivel de la ciencia y de la inteligencia laicas. Encima los ayudan los laicos. Addison compone la *Defensa del Cristianismo*, Locke la *La Conformidad del Cristianismo con la Razón*, Ray la *La sabiduría de Dios manifestada en las obras de la creación*. Sobre este concierto de voces graves, descueila una voz estridente: Swift, con su terrible ironía, felicita á los pícaros elegantes que han tenido la sana idea de abolir el cristianismo. Aun cuando fuesen diez veces más numerosos, no podrían lograrlo,

(1) Burke, 133, *Reflexiones sobre la revolución francesa*.

(2) Ray, Boyle, Barrow, Newton.

(3) Bentley, Clarke, Warburton, Berkeley,

(4) Locke, Addison, Swift, Johnson, Richardson.

porque no tienen doctrina que poner en su lugar. La alta especulación, única que podría sustituirle, se ha mostrado ó declarado impotente. Las concepciones filosóficas abortan ó flaquean por todas partes. Si Berkeley da con una, la supresión de la materia, es aisladamente, sin alcance público, por un golpe de Estado teológico, como hombre piadoso que quiere arruinar por su base la inmoralidad y el materialismo. Newton alcanza, á lo sumo, una idea deficiente del espacio; no es más que matemático. Locke, casi tan pobre (1), anda á tientas, vacila, apenas tiene más que conjeturas, dudas, comienzos de opinión que sucesivamente insinúa y recoge, sin ver sus consecuencias lejanas, y sobre todo sin llevar nada hasta el fin. En resumen: se veda á sí propio las altas cuestiones y se sienta muy inclinado á vedárnoslas á los demás. Ha escrito su libro para saber «qué objetos están á nuestro alcance ó por encima de nuestra comprensión». Lo que él busca son nuestros límites; los encuentra pronto, y no se aflige mucho. Encerrémonos en nuestro pequeño dominio y trabajemos en él diligentemente. «Nuestra incumbencia en este mundo no es conocer todas las cosas, sino las que afectan á la dirección de nuestra vida». Si Hume, más audaz, va más lejos, es por el mismo camino; no conserva nada de la alta ciencia; ese suprime toda la especulación; en su sentir, no conocemos ni sustancias, ni causas, ni leyes; cuando afirmamos que un hecho se liga á otro, es gratuitamente, sin prueba válida, por la fuerza de la costumbre; «los hechos parecen enteramente aislados y separados»: si les atribuimos un vínculo, ese vínculo le fabrica nuestra imaginación; no hay más verdad que la duda, y aún

(1) *Paupertina philosophia* (Leibnitz).

hay que dudar de ella, de donde se sigue que haremos bien en purgar nuestro espíritu de toda teoría y de no creer más que para obrar; examinemos nuestras alas, pero para cortarlas, y concretémonos á andar con nuestras piernas.

Un pirronismo tan acabado no sirve más que para echar al público en brazos de las creencias corrientes. En efecto: el buen Reid se alarma; ve á la sociedad disolverse, á Dios convertirse en humo, á la familia evaporarse en hipótesis; reclama como padre de familia, como buen ciudadano, como hombre religioso, y erige al sentido común en soberano juez de la verdad. Rara vez, creo, ha descendido más la especulación en este mundo. Reid no entiende siquiera los sistemas que discute; levanta los brazos al cielo cuando trata de exponer á Aristóteles y á Leibnitz. En el fondo, los hijos de ese país no se preocupan de la metafísica; para que les interese, es menester que se reduzca á la psicología. En tal concepto, es una ciencia de observación, positiva y útil como la botánica; y aun el mejor fruto que sacan de ella es la teoría de los sentimientos morales. En este dominio es en el que trabajan preferentemente Shaftesbury, Hutcheson, Price, Smith, Ferguson y el mismo Hume; en él es donde han encontrado sus ideas más originales y durables. En este punto el instinto público es tan poderoso que pone á su servicio á los más independientes, y no les permite más descubrimientos que los que redundan en su beneficio. Salvo dos ó tres, doctos por excelencia, y de espíritu francés ó afrancesado, no se preocupan más que de moral. Ese pensamiento es el que agrupa alrededor del cristianismo todas las fuerzas que Voltaire vuelve contra él en Francia. En Inglaterra todos le defienden en el mismo concepto, como lazo de la so-

ciudad civil y como apoyo de la virtud privada. En otro tiempo le sostenía el instinto; al presente le consagra la opinión, y una misma fuerza secreta, por un trabajo insensible, es la que añade ahora la autoridad de la opinión á la presión del instinto. El sentido moral es el que, después de haberle conservado la fidelidad de las clases bajas, le ha conquistado el asentimiento de las altas inteligencias. El sentido moral es el que le hace pasar de la conciencia pública al mundo literario, y, de popular, le convierte en oficial.

## V

Mirando de lejos la constitución inglesa, difícilmente se sospecharía esta inclinación pública; mirando de cerca la constitución, se ve en seguida. Parece un montón de privilegios, es decir: de injusticias consagradas; la verdad es que es un cuerpo de contratos, es decir, de derechos reconocidos. Cada cual tiene el suyo, grande ó pequeño, y le defiende con todas sus fuerzas. Mi tierra, mi hacienda, mi derecho garantizado por mi carta, sea el que fuere y como fuere, anticuado, indirecto, inútil, privado, público, á eso nadie tocará, ni rey, Lores, ni Comunes; si se trata de un escudo, le defenderé como un millón: lo que ahí está en juego es mi persona. Yo abandonaré mis negocios, perderé el tiempo, tiraré el dinero, formaré ligas, pagaré multas, iré á la cárcel, sucumbiré en la demanda. Poco importa: no habré cometido una cobardía, no habré bajado la cerviz ante la injusticia, no habré cedido un sólo átomo de mi derecho.

Por ese sentimiento se conquista y conserva la li-

bertad política. Ese sentimiento es el que, después de haber derribado á Carlos I y á Jacobo II, se formula en principios en la declaración de 1688, y se explica y razona en Loke (1). En el comienzo de toda sociedad, dice, hay que admitir como punto de partida la independencia del hombre. Cada cual tiene por naturaleza y primitivamente el derecho de adquirir, de juzgar, de castigar, de hacer la guerra, de gobernar su familia y su gente. La sociedad no es más que un contrato ulterior entre pequeños soberanos preestablecidos, que, habiendo tratado y transigido entre sí, «convienen en formar una comunidad para vivir tranquila y prósperamente unos con otros, para gozar con seguridad de sus bienes y defenderse mejor de los que no pertenecen á su liga. Los que están unidos en un sólo cuerpo y tienen una ley común y una judicatura á que poder apelar, juntamente con una autoridad para castigar á los delincuentes, viven en sociedad civil unos con otros (2).» Arbitrios y reglas de arbitraje: he ahí todo lo que su federación puede imponerles. Son hombres libres que, después de haber tratado entre sí, siguen siendo libres. Su asociación no funda sus derechos; los garantiza.—Y los actos oficiales apoyan aquí la teoría abstracta. Cuando el Parlamento declara vacante el trono, el primer argumento que aduce es que el rey ha violado «el contrato original», en cuya virtud era rey. Cuando los Comunes

(1) Hay que leer en sir Roberto Filmer la teoría reinante para ver de qué atolladero de vaciedades se salía. Decía sir Roberto Filmer que Adán había recibido al nacer una potestad real absoluta sobre todo el universo, y que en toda reunión de hombres había uno que era rey legítimo, como más próximo heredero de Adán.—Las ciencias morales se emancipan de la teología á la sazón.

(2) Locke, *Civil Government*.